

El final de la fe

Peter Morales

Ministro principal, Jefferson Unitarian Church

7 de enero de 2007

Tengo que confesarlo. He vuelto a caer en la tentación. Mientras pensaba cómo iba a presentar este sermón sobre el final de la fe, Pat Robertson surgió de la nada y me dio una oportunidad que no podía rechazar. Para los que no lo conozcan, Pat Robertson es uno de los más famosos telepredicadores de Estados Unidos.

Pat acababa de regresar de su retiro anual de fin de año. Durante el retiro, Dios le había dicho que un ataque terrorista contra Estados Unidos iba a causar una matanza durante este año. El año pasado, Robertson dijo que Dios había enviado un infarto a Ariel Sharon como castigo por haber cedido territorio israelí a los palestinos. En 2004, Dios le dijo a Pat que George Bush volvería a ganar las elecciones por un amplio margen. También le dijo que Bush conseguiría reformar la Seguridad Social. El mayo pasado, Dios le dijo que unas tormentas y quizá hasta un tsunami azotarían las costas de América. A Robertson no parece importarle que los mensajes de Dios sean tan precisos como un horóscopo o una tirada de cartas. Su fe parece inquebrantable. Es un hecho revelador sobre nuestra cultura que los medios de comunicación crean que estos desvaríos son noticia.

Chiflados como Robertson son una tentación peor que el más succulento manjar que puedan imaginar. No puedo resistir la tentación de ridiculizar estas creencias tan tontas. Y sin embargo, debería hacerlo. Los telepredicadores como Robertson, Falwell y otros como ellos estén tan desquiciados que ya ni siquiera sea divertido burlarse de ellos. Por desgracia, son la punta de un *iceberg* de creencias religiosas ridículas. Casi la mitad de los norteamericanos afirman creer en el relato literal de la creación tal como aparece en Génesis (sin que les importe que haya dos mitos de la creación distintos en Génesis). Decenas de millones de personas creen que serán elevados a los cielos antes del fin del mundo. Cuatro de cada cinco norteamericanos creen que Jesús va a regresar, y uno de cinco piensan que esto va a suceder durante su vida.

En el mundo musulmán, la situación es igualmente mala. Millones de musulmanes creen que los infieles deben ser ajusticiados. Cada día vemos pruebas de que fieles musulmanes creen que reventarse a sí mismos y reventar a otros es un acto religioso heroico que los conducirá directamente al paraíso. Por cierto, los suicidas creen que en este paraíso vivirán una fantasía erótica para los varones heterosexuales. Peor aún, hay encuestas recientes que muestran que la mitad de los musulmanes piensan que los ataques suicidas están justificados.

Se utiliza la fe para justificar y promover actos de violencia terribles. Por desgracia, esto no es nuevo. Piensen en el reinado de terror cristiano que significó la Inquisición. Todos y cada uno de nosotros habríamos sido víctimas del Tribunal. Piensen en los juicios contra las brujas y los ahorcamientos de Massachussetts. Calvino creía que estaba cumpliendo la voluntad de Dios cuando quemó a Miguel Servet en la hoguera

por criticar la doctrina de la Trinidad. Hay muchas historias en las escrituras hebreas de matanzas masivas de hombres, mujeres y niños cuyo único delito había sido vivir en la tierra ansiada por los hebreos. Esas historias no suelen enseñarse en la escuela bíblica. Ni tampoco los pasajes que hablan de apedrear a los adúlteros hasta la muerte. Es un tema recurrente de la historia humana que la fe religiosa sirva como justificación de crímenes.

Por eso no debe extrañarnos que algunas personas piensen que todos estaríamos mejor sin ninguna fe y sin religión. El libro de Sam Harris, *The End of Faith* (El final de la fe) es un éxito de ventas en Estados Unidos. Lo mismo sucede con otro libro, *The God Delusion* (El engaño de Dios), de Richard Dawkins. Harris, que concentra la mayor parte de sus críticas en la religión fundamentalista, también descarga su ira contra los religiosos moderados. Según su argumento, los moderados constituyen un problema al hacer que la religión sea más respetable y que sea más difícil atacarla. Harris explica que estaríamos mucho mejor sin fe de ningún tipo.

La cuestión de si la humanidad estaría mejor sin religiones es una cuestión importante que no puede descartarse de entrada.

Si examinamos nuestro país, ¿creen que estaríamos mejor sin fundamentalismo? Sin duda. El fundamentalismo, particularmente el de la variedad evangélica más derechista, no es sólo erróneo, sino que es peligroso. Los fundamentalistas que creen que el mundo acabará pronto se muestran indiferentes ante el problema de la protección del medio ambiente. Se oponen a los derechos de las personas gays, lesbianas y transexuales, y rechazan que se enseñe biología. También están en contra de que se usen células madre en la investigación científica. Se han opuesto a los derechos de las mujeres. El presidente Bush cree que Dios guía su política de guerra, lo que me hace recordar con nostalgia el cinismo de Richard Nixon o Lyndon Johnson. Si la fe corresponde a muchas cosas que vemos en América, afirmo que la fe debería desaparecer cuanto antes.

Si miramos al resto del mundo, la imagen no es mucho mejor. Una forma militante del Islam se ha infiltrado en muchas partes del mundo. Es un Islam que envía a terroristas suicidas a atacar a gente inocente en el nombre de Alá. Oprime a su propio pueblo, reprimiendo a las mujeres y a cualquiera que disienta. ¿Estaríamos mejor si esta versión militante del Islam desapareciera de la tierra? Sin duda alguna.

Entonces, ¿por qué no decidimos librarnos de la fe y la religión de una vez por todas?

Lamentablemente, la pregunta de si estaríamos mejor sin religión es errónea. Seguro que estaríamos mejor sin religiones que llaman a unas personas a odiar a otras. Seguro que estaríamos mejor sin una fe que pida a la gente que ignore el mundo de la ciencia y la educación.

Pero la fe religiosa ciega, junto con el terrible daño que causa, no van a desaparecer sólo porque un pequeño grupo de eruditos escépticos desee que se desvanezca. He comenzado este sermón burlándome de las conversaciones que Pat Robertson cree tener con Dios. Decía que burlarme de él era caer en la tentación. El problema es que ridiculizar las creencias absurdas de otros (por divertido que sea a veces) no hace ningún bien. Créanme. Lo sé. Lo he intentado durante los últimos 40 años. Es curioso que, cuando uno se burla de las creencias de la gente, éstos se sienten heridos y

enfadados. Criticar lo que otros creen puede ser necesario a veces, pero no nos va a llevar muy lejos.

La cuestión real es la siguiente: ¿qué podemos hacer para superar esta lamentable situación? ¿Cómo podemos hacer que el mundo deje de ser un lugar donde la fe religiosa mate a personas y nos ponga en peligro a todos? Porque la fe, tal como existe en el mundo en la actualidad, está causando muertes.

Una cosa que debemos preguntarnos es por qué tantos millones de personas creen en cosas que son tan fantásticas e improbables. ¿Por qué creen de todo corazón que Dios quiere que maten a otras personas que no comparten su fe? ¿Por qué la inmensa mayoría de los norteamericanos creen que Jesús va a volver? ¿Por qué cree la gente que Jesús y Mahoma ascendieron flotando hacia el cielo? ¿Por qué millones de personas rechazan las evidencias palpables que producen la astronomía y la geología y creen en mitos y cuentos de hadas sobre el origen de la vida y el cosmos? La gente que cree todo tipo de cosas imposibles son tan inteligentes como ustedes o yo. La gente no acepta ideas estúpidas porque sean estúpidos.

Creen en todas esas cosas porque les ayuda a dar sentido y propósito a sus vidas. Las creen porque al hacerlo forman parte de algo mayor. La fe religiosa aporta orden y suprime la ansiedad de la duda. La fe, incluso la fe desorientada en leyendas mitológicas, da a la gente la sensación de ocupar un lugar especial en la creación. Da a sus vidas forma y dirección. La fe ofrece tranquilidad. A lo largo de la historia, vemos una y otra vez que la gente prefiere morir por una fe mal enfocada que afrontar una vida que es un abismal absurdo.

Mi objeción a las críticas que personas como Sam Harris hacen a la fe religiosa no es que la crítica sea equivocada. Lo que pienso es que no van a cambiar las cosas. No pueden hacerlo.

El argumento de Harris, por ejemplo, se basa en la distinción que realiza entre fe y razón. Empieza haciendo críticas a las tradiciones religiosas, unas críticas con las que la mayoría de nosotros (aunque no todos, desde luego) estaríamos de acuerdo. Señala el peligro de la fe fundamentalista de todo tipo. Sin embargo, continúa mezclando las fes teístas fundamentalistas con las creencias de los nazis y los comunistas. Aunque ambas ideologías eran ateas hasta el tuétano, Harris las define como “fes” porque son dogmáticas e inspiran a la gente a hacer cosas terribles. Sin duda que hay similitudes entre los sistemas de creencias, tanto si son “religiosos” como si no. Sin embargo, los comunistas responderían enérgicamente que su visión del mundo es racional y totalmente opuesta a la fe. Lo mismo harían los nazis. ¿Quién decide qué es fe y qué es razón?

El problema de Harris y la gente que piensa como él es que la distinción entre la fe “mala” y la razón “buena” apenas es objetiva. Bajo la “fe” tiende a incluir aquellas creencias que a Harris le parecen criticables, mientras que llama “razón” a las creencias con las que está de acuerdo. ¿Sobre qué base decidimos qué creencias son razonables y cuáles no? Harris diría que son razonables aquellas creencias que pueden verificarse empíricamente.

El caso es que las creencias “razonables” (como las teorías científicas) que pueden probarse empíricamente no nos ayudan mucho en las grandes cuestiones de la vida.

Harris cree que la ciencia puede responder a las preguntas humanas fundamentales sobre el bien, el mal y la espiritualidad. Dedicó un capítulo entero a la ciencia del bien y del mal. Es, en mi opinión, un ensayo poco argumentado y vacilante que se acerca peligrosamente a la afirmación de que lo bueno es lo que nos hace felices. ¡Gran descubrimiento! Esto no es muy útil ni parece muy profundo. ¿Y qué hacemos cuando lo que a mí me hace feliz te hace a ti infeliz?

Las mentes más brillantes se han esforzado durante siglos por crear un fundamento puramente racional de la ética y por alcanzar una visión de la vida feliz. Estos intentos no han afectado a muchas personas. En los últimos 50 años, grandes filósofos como John Rawls y Jürgen Habermas han escrito obras profundas, reflexivas y ambiciosas que intentan crear una base racional para la idea del bien. Dudo que nadie de los presentes haya leído sus libros. (Yo los he leído porque eran de lectura obligada en el seminario.) Nadie, salvo algunos académicos, lee estas cosas. Que una persona crea que la ciencia y la razón van a crear una visión intelectualmente fascinante y emocionalmente satisfactoria de lo que es bueno en la vida, es un salto de fe tan engañoso como creer que el apocalipsis comenzará la semana próxima. La ciencia y la razón no van a decirnos el sentido de la vida.

Así pues, ¿qué nos queda? Por un lado, muchas de las creencias religiosas de la gente son dañinas. Es posible que su fe dé sentido a sus vidas y que creen una comunidad de fe que les proporcione un sentido de pertenencia. Su fe también puede aportarles una tradición espiritual que les abra las puertas a una experiencia espiritual gracias a la oración y a la contemplación. Sin embargo, las religiones tradicionales lo hacen a un coste terrible. Participan de un tribalismo que conduce a la violencia y piden a sus seguidores que se cierren a la ciencia y al conocimiento moderno.

Por otro lado, tenemos aquéllos que ven los males inherentes a tales carencias y piden el fin de la fe. Pero, ¿qué nos dan a cambio? Una visión de razón y felicidad que es demasiado fría, erudita, elitista, individualista y hedonista.

Necesitamos algo mejor. Necesitamos tanto un final de la fe como un renacer de la fe. Necesitamos un final de la fe que cree que la religión trata de creer en lo sobrenatural y en un dios que dirige a unos para que maten a otros. Necesitamos un final de la fe que aboga por la violencia y fomenta la ignorancia. Necesitamos un final de fe que pide sacrificios en esta vida para tener recompensas en la próxima. Necesitamos desesperadamente que acabe esta clase de fe.

Y del mismo modo necesitamos desesperadamente que nazca un nuevo tipo de fe. Necesitamos una nueva alternativa para la gente que busca profundidad, espiritualidad, sentido y propósito en sus vidas.

Necesitamos una fe que sea al mismo tiempo nueva y antigua. Necesitamos creencias y una orientación espiritual que se base en las mejores cosas que las tradiciones religiosas han dado a la humanidad. Necesitamos una fe que se base en las grandes enseñanzas sobre la compasión y la comunidad, y que estén en el centro del Judaísmo, el Cristianismo, el Islam y el Budismo. También debemos conservar la sabiduría que contienen todas estas tradiciones sobre el poder de la práctica religiosa. Todas las tradiciones subrayan el valor de la reflexión, tanto si toma la forma de plegaria como la de meditación. Todas las tradiciones enseñan la importancia de una nueva comprensión y el poder del amor. Cualquier fe que hagamos nuestra debe nutrirse del paso. Rechazar

todo el pasado es ser tan ciego como arrogante.

Podemos, y debemos, traer del pasado lo que es bueno y sabio. Y también debemos estar dispuesto a dejar atrás las limitaciones de otros tiempos. Quien busque una explicación sobre la cosmología en un texto que tenga miles de años de antigüedad es un loco. Esos textos fueron escritos por personas muy sabias en algunos aspectos, pero que sabían menos del mundo físico de lo que saben cualquier estudiante de enseñanza primaria hoy.

Nuestra fe debe ser un lugar para toda la experiencia humana y para todas las personas. Lo último que necesitamos hoy es un grupo que afirme que Dios les ha elegido. Necesitamos una fe que no trate realmente sobre creencias específicas. Necesitamos una fe hoy en el antiguo sentido de la palabra "fe": una confianza profunda. Una fe que trate sobre profundidad: amor profundo, experiencia profunda, compromiso profundo. Necesitamos una fe abierta al presente y al futuro, no atada al pasado.

Podemos crear una fe así. Podemos vivirla. Ya lo estamos haciendo, a nuestra manera imperfecta y dubitativa. Podemos honrar el pasado sin venerarlo. Podemos vivir vidas llenas de esperanza, alegría y sentido. Podemos aprender a amarnos unos a otros más profundamente y servir al mundo.

Debe crear y mostrar otro camino. La única manera de ir más allá de las limitaciones de una fe ciega es tener una fe con los ojos bien abiertos. La única manera de superar una fe que justifique la violencia es una fe que enseñe la compasión. La única manera de dejar atrás una fe prisionera del pasado es una fe digna del futuro. La única alternativa a una fe atrapada por la ignorancia es una fe que disfrute aprendiendo.

Nuestro desafío es ayudar a una crear una comunidad de fe así y compartirla con todos. Por eso importa tanto que crezca este pequeño movimiento nuestro. El mundo anhela una fe religiosa que pueda conducirnos a un futuro que supere la violencia, la superstición, el odio y el miedo.

Juntos, podemos hacerlo.

¿Debe haber un final para la fe? Sin duda. Las fes del pasado deben desaparecer antes de que nos aniquilen a todos.

¿Es el tiempo de una nueva fe? ¡Desde luego! Que sea éste el tiempo del renacer de la fe. Tengamos una fe que no trate de creer en lo imposible, sino en confiar en todo lo bueno y amoroso. Seamos fieles a nuestros ideales de compasión y a nuestras prácticas espirituales que nos abren a nuevas intuiciones.

Que el amor guíe nuestros corazones mientras la razón guía nuestras mentes.

Creo que ésta es toda la fe que necesitamos. Ojalá sepamos hacerla realidad.

Amén.